Adam Smith

La expresión sensata y el compromiso con el desarrollo de la comunidad

IDEAS

XXXVII

Por Eduardo Fernández Luiña

DISENSO
FUNDACIÓN

Índice

Introducción 5

La vida de Adam Smith 7

La obra de Adam Smith 9

¿Cuál ha sido la mayor aportación del escocés a la historia de Occidente? 13

Conclusión 15

Bibliografía 16

Introducción

Escocia vio florecer a lo largo del siglo XVIII un movimiento intelectual que contribuiría de forma decisiva al desarrollo de la civilización occidental. Entre las décadas de 1730 y 1790 del citado siglo, la Ilustración escocesa adquirió forma y produjo fondo, facilitando el desarrollo de un ambiente de discusión, confrontación de ideas y producción académica que influiría de forma decisiva en los años venideros y en muchos de los procesos sociales que veríamos después, durante los siglos XIX y XX.

A lo largo de las décadas señaladas y de la mano de figuras como Francis Hutcheson (1694-1746), Thomas Reid (1710-1796), David Hume (1711-1776), Adam Ferguson (1723-1816), William Robertson (1721-1793) o Dugald Stewart (1753-1828), se reflexionó ampliamente sobre materias de vital importancia para la época como la filosofía moral y la cuestión de la naturaleza humana; la Economía y la relevancia que para dicho mundo tenía el futuro desarrollo de una sociedad comercial a escala mundial, la importancia de las instituciones y el derecho; y por supuesto, asuntos de enorme trascendencia para una sociedad democrática y plural como lo son la actitud escéptica, el valor de la moderación, la sociabilidad y cómo una unión virtuosa y armónica de estos elementos puede conducir al progreso de todas las personas que forman parte de la comunidad.

El movimiento fue resultado de varios procesos sociales que tuvieron lugar en la época. Algunos de ellos ya han sido citados. En primer lugar, influyó la unión que tuvo lugar en el año 1707 entre Escocia e Inglaterra. Dicho vínculo abrió un sinfín de oportunidades comerciales, culturales y de reflexión institucional. También hay que tener en cuenta la modernización que sufrieron las universidades escocesas de la época. Hablamos de las instituciones educativas sitas en las ciudades de Edimburgo, Glasgow y Aberdeen. Como tercer elemento, y en sincronía con lo que estaba sucediendo en otras partes del globo, en ese periodo surgieron por el territorio escocés clubes, sociedades de debate y círculos intelectuales que contribuyeron a la discusión de ideas en libertad. Por último, y ya señalado, el movimiento fue consecuencia de la necesidad que existía en dichos círculos de explicar los principios morales que conducen al desarrollo civilizatorio, los elementos que definen un comercio comprometido con la ética y el papel que la ciencia debería tener a la hora de organizar y armonizar la vida social. Si algo caracterizó a la Ilustración escocesa fue su compromiso con una perspectiva racional y empírica, muy diferente a lo que tuvo lugar en otras naciones, por ejemplo, Francia.

En ese mundo, marcado por las ansias de cambio y desarrollo y con un ambiente intelectual más que sugerente, destaca la figura de Adam Smith (1723-1790). El escocés llegará a convertirse en el intelectual más representativo del movimiento. Y esto, porque para muchos el humilde profesor fue el fundador de la ciencia económica. Pero si nos sumergimos un poco tanto en la obra como en la línea de investigación de este ilustrado, la figura de Adam Smith va más allá de la Economía, siendo expresión fundamental de los principios que apuntalaron y dieron identidad a la Ilustración que tuvo lugar en el hogar del mejor whisky del mundo.

La vida de Adam Smith

Adam Smith nació en la ciudad de Kirkcaldy en el año 1723. La ciudad, situada en el Fiordo de Forth, casi mira a la cara a Edimburgo, la capital escocesa. El joven Adam Smith dio sus primeros pasos intelectuales en la población que lo vio nacer para ingresar después, de forma contraintuitiva -lo señalo por la distancia que separa ambas poblaciones-, en la Universidad de Glasgow. En la citada casa de estudios, el joven Smith se instruyó en Filosofía, Lógica, Literatura y Jurisprudencia. La ciudad de Glasgow, ubicada a unos ochenta kilómetros de Edimburgo, fue fundamental a la hora de entender el desarrollo intelectual de nuestro autor. Fue ahí donde Adam Smith entró en contacto con Francis Hutcheson, su profesor de Filosofía Moral. Y es que dicho campo de estudio es el origen del pensamiento *smithiano*.

En esa época, la Economía que tan famoso lo hizo en décadas y siglos posteriores no existía todavía como disciplina autónoma de conocimiento. Por ello, los pasos iniciales del futuro académico fueron asociados a la filosofía moral y al interés por el estudio de la capacidad de los seres humanos para establecer relaciones armónicas y pacíficas (la sociabilidad), la simpatía, y los principios morales que deberían servir de pilares para la vida buena en comunidad.

Estatua de Adam Smith situada en la Universidad de Glasgow. Fuente: University of Glasgow

Adam Smith ingresó en la Universidad de Glasgow en el año 1737 con catorce años. Una vez pasada la etapa escocesa y gracias a una beca, nuestro autor disfrutó de la oportunidad de viajar a Inglaterra en el año 1740, para ingresar en el Balliol College de la Universidad de Oxford hasta el año 1746. La experiencia en Oxford fue también muy importante, pero no tan sugerente como la vivida en Escocia asociada a Hutcheson. Smith consideraba que el ambiente intelectual escocés era más abierto, más activo y libre que el existente en Inglaterra. Dicho esto, los años de Oxford fueron también fundamentales porque nuestro

autor aprovechó el tiempo para formarse de manera autónoma gracias a su gran capacidad de trabajo.

En la histórica universidad inglesa, estudió a los autores de dicho país, también a los franceses y por supuesto mejoró sus conocimientos sobre los clásicos. Como ya hemos señalado líneas atrás, en el año 1746 abandonó Inglaterra y regresó a Escocia, concretamente a Edimburgo. Allí inició una primera actividad como conferencista que le abrió de par en par las puertas a los círculos intelectuales ya citados. Fue en esta época cuando conoció a David Hume, uno de sus grandes amigos en el futuro[1].

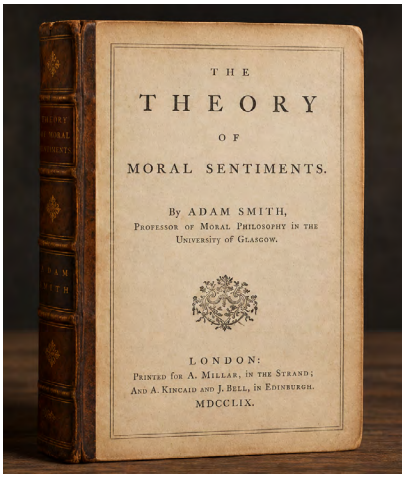
La Universidad de Glasgow le ofreció la cátedra de Lógica en el año 1751. En el año 1752 ocupó la cátedra de Filosofía Moral, área de especial importancia en su proceso formativo.

En esta etapa, decisiva a todas luces, Smith comenzó a enseñar cuestiones asociadas a la ética, la jurisprudencia y, de manera más general, inició una reflexión sobre Teoría Social. Es a partir de este momento cuando comienza la leyenda, generando una agenda de investigación que dio obras de un valor incalculable en el edificio intelectual de la civilización occidental.

---

1 Rasmussen, Dennis C. (2017). *The Infidel and the Professor: David Hume, Adam Smith, and the Friendship That Shaped Modern Thought*. Princeton: Princeton University Press.

La obra de Adam Smith



Portada de la primera edición de *La teoría de los sentimientos morales*. Londres: A. Millar, A. Kinkaid & J. Bell, 1759. Fuente: Wikimedia Commons

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Adam Smith comenzó su carrera como filósofo en el año 1759. Fue entonces, con 36 años, cuando publicó *La teoría de los sentimientos morales*[2]. Una obra que servirá de piedra angular en su futura agenda de investigación. Dicho trabajo dotó a nuestro autor de un elevado prestigio en el territorio británico y en toda Europa. Se trata de una obra fundamental, pues en ella se reflexiona no solo sobre los elementos de la moral personal, sino también sobre los componentes que hacen posible la vida social y la cooperación. Entre sus páginas, el afamado intelectual trató cuestiones diversas, que van desde el valor del mérito, la diferencia entre justicia y beneficencia y el análisis de virtudes como la prudencia, la templanza, la moderación o el dominio de sí. Pero sobre estas cuestiones y como parte del legado que este escocés ha dejado a la humanidad, destaca la reflexión realizada sobre la simpatía[3] y el concepto del «espectador imparcial»[4]. En relación con el primero de los conceptos la idea es simple, pero profunda: Los seres humanos no son indiferentes a los demás. Aunque nos preocupamos básicamente por nosotros mismos y aquellos que nos rodean, disfrutamos como seres humanos de la capacidad de imaginar la situación que vive la persona anónima, aquella a quien no conocemos. Por ello, podemos participar de algún modo de sus sufrimientos, de sus alegrías, de sus temores, de sus odios e inquina en determinadas situaciones. Esta capacidad, natural y existente en todas las personas, hace que podamos analizarnos incluso a nosotros mismos. De ahí, la idea del segundo de los conceptos entreverados en la obra: el espectador imparcial.

---

2 Smith, Adam. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Traducción y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial.

3 Op. Cit. Parte I, sección I, capítulo I, «De la simpatía».

4 Op. Cit. Parte III, capítulo I., «Del principio de autoaprobación y desaprobación».

Adam Smith sostiene que las personas aprendemos a observarnos a nosotros mismos como si fuésemos vistos por un tercero prudente, desinteresado, racional. Este recurso, esta figura y herramienta filosófica, nos ayuda a desarrollar nuestra conciencia moral. La idea de espectador imparcial contribuye a evaluar nuestras propias acciones, siendo conscientes en nuestro interior de la naturaleza virtuosa o viciosa de las mismas.

La obra es fundamental, pues defiende que las normas morales nacen como resultado de un orden descentralizado, espontáneo. Nacen como fruto de un proceso policéntrico que no resulta de un análisis racional centralizado, mucho menos de la creación de un legislador.

Este trabajo sirvió de base filosófica y teórica para lo que vendrá después: su libro más famoso y el que le hizo merecedor del calificativo «el padre de la Economía». En el año 1776, diecisiete años después, Adam Smith da forma a su segundo trabajo relevante: *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. El libro fue un éxito desde el primer momento, se publicaron varias ediciones en vida del autor y se convirtió en uno de los textos fundacionales de la llamada economía política. En el periodo comprendido entre sus dos grandes publicaciones, Smith disfrutó de la oportunidad de viajar por Europa en calidad de tutor del joven duque de Buccleuch.

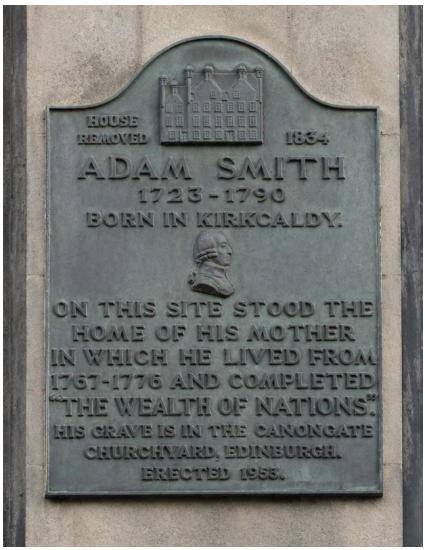
La riqueza de las naciones es hoy en día un trabajo de gran envergadura por varias razones. El mismo resulta de la experiencia francesa de Smith y del contacto intelectual que el académico escocés mantuvo con el mundo intelectual francés, especialmente los fisiócratas. Durante esta época, Smith conoció a Quesnay, a Turgot, también al enciclopedista D'Alembert. Pero, además, el contenido de la obra, en cierto sentido, ha contribuido a dar forma al mundo en el que vivimos. Su reflexión sobre la división del trabajo y la especialización contribuyó de manera definitiva a una mejor comprensión sobre la productividad. La metáfora de la mano invisible[5] muestra con claridad la capacidad de coordinación de las decisiones individuales que poseen los mercados, favoreciendo -y no entorpeciendo- el bienestar de la comunidad y su capacidad para generar riqueza para todos. Finalmente, y en cierta sintonía con autores como John Locke (1632-1704), Smith entendía que el Estado debía asumir una serie de funciones imprescindibles para hacer posible el funcionamiento ordenado de la comunidad. Entre

---

5 Smith, Adam. (1996). *La riqueza de las naciones*. Traducción de Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial. Madrid: Alianza Editorial. Libro IV, Cap. II.

ellas destacaban la defensa del territorio frente a amenazas externas, la administración de justicia, la protección de la seguridad de los individuos, la provisión de determinadas obras e instituciones públicas y, en ciertos casos, el fomento de la educación básica.

En el tiempo transcurrido entre una obra y otra, y siempre consciente de que su agenda de investigación iba más allá de la economía y la filosofía moral, Smith generó unos apuntes que nunca vio publicados en vida. La obra, recopilada por Ronald L. Meek, D. D. Raphael y Peter G. Stein (1978)[6] y publicada en la Universidad de Oxford, reúne escritos realizados en 1762-1763 y en 1766. El título original de la misma fue *Lectures on Jurisprudence* y versa sobre cuestiones que sirven para apuntalar la visión general de la obra de este ilustre escocés. En ellos se reflexiona sobre el origen y evolución de la propiedad, sobre la función de la justicia y del gobierno y de la importancia que para la sociedad tienen las instituciones jurídicas y los contratos. En definitiva, una serie de escritos que tratan de cerrar el círculo.



Placa conmemorativa situada en la casa en la que Adam Smith escribió *La riqueza de las naciones* en Kirkcaldy. Fuente: Wikimedia Commons

Todo lo expuesto hasta el momento muestra una agenda de investigación ambiciosa y muy meditada, fruto de años de conversación con distintos amigos e intelectuales, un ingente número de horas invertidas en la lectura y mucho trabajo en soledad.

Quizá, con ánimo de cerrar dicha agenda, solamente faltó la política. Su visión de la República ideal. Aunque toca el tema y el mismo está disperso en *La riqueza de las naciones,* no dedicó un trabajo completo a dicho fenómeno. Dicho esto, y como hemos señalado a lo largo de estas páginas, su trabajo es sencillamente

6 Smith, Adam. (1978). *Lectures on Jurisprudence*. Edición de R. L. Meek, D. D. Raphael y P. G. Stein. Vol. V de *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*. Oxford: Clarendon Press.

monumental. Durante su viaje intelectual, el ilustrado escocés estudió cuestiones de vital importancia a la hora de sentar los pilares de una sociedad moderna, comercial y libre: filosofía moral, economía, derecho y política.

¿Cuál ha sido la mayor aportación del escocés a la historia de Occidente?

Adam Smith ha pasado a la historia como el fundador de la economía moderna. El padre de la ciencia más joven, sin embargo, fue ante todo un agitador intelectual. Su obra, marcada por una dimensión liberal y otra prudencial, es expresión del tiempo que la vio nacer. Smith defendió con sus escritos la libertad individual, la igualdad jurídica, la ausencia de privilegios. Fue también un hombre ajeno a los cambios bruscos, receloso de las reformas radicales y de los gobernantes doctrinarios; fue una persona consciente de la complejidad inherente a toda sociedad.

Dicho esto, quizás su mayor contribución se encuentra en su idea de bien común, contraria al pensamiento clásico del que se nutrió a lo largo de su vida. Y es que es aquí donde el trabajo *smithiano* representa una verdadera ruptura con casi todo lo anterior. La heroicidad, la caridad cristiana, el compromiso con la comunidad o la dirección sabia del buen gobernante marcaron la mayor parte de las reflexiones desarrolladas en el mundo occidental cuando el objeto era el bien común.

Adam Smith puso al tendero, al comerciante, al empresario en el centro. Y los puso, además, siendo consciente de su inconsciencia. Me explico. Para el mundo europeo clásico y medieval, una acción era buena y valiosa siempre que la misma fuese orientada a la idea de Bien. El pensamiento aristotélico, el mundo republicano romano o el cristianismo medieval se caracterizan por esta cuestión. No es esto lo que vemos en Smith. En su célebre pasaje sobre el carnicero, el cervecero o el panadero, se afirma que la cena que disfrutamos en la noche con familia o amigos no es resultado de la benevolencia de quienes producen los alimentos, sino de su interés propio. ¿Somos más pobres? ¿Estamos más desamparados por dicha razón? Todo lo contrario. Gracias a la búsqueda legítima del interés personal, el mundo se hace más civilizado, productivo, rico. Todos ganamos con ello.

La conclusión *smithiana* es, sin duda, disruptiva: una comunidad prospera gracias a un mercado que coordina de manera descentralizada a millones de personas comunes que persiguen sus propios fines. Y los únicos ingredientes que necesitamos para que dicho milagro sea una realidad son cuatro: (1) Un sistema de justicia que castigue el robo, el fraude y que impida la coacción impune e ilícita por parte de las autoridades; (2) ausencia de monopolios y privilegios por parte del Estado; (3) competencia dentro de la ley; (4) un gobierno comprometido con la protección de las

condiciones que favorecen la cooperación: seguridad y defensa, justicia y también infraestructuras y educación en el caso de Smith.

Otra cuestión que deberíamos señalar es que egoísmo y búsqueda del interés personal no son estrictamente lo mismo. *La teoría de los sentimientos morales* es clave en ese sentido. La codicia, el oportunismo y el amor desproporcionado por uno mismo no contribuyen al bienestar de la comunidad. No se puede reducir la moralidad al interés egoísta. El propio Smith lo señala:

> *Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de los otros, de tal modo que la felicidad de estos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla*[7].

Nuestra naturaleza nos hace seres cooperativos, capaces de preocuparnos por otros, aunque deseemos mejorar nuestra situación. Esto no significa que no existan problemas, de ahí las condiciones señaladas por Smith. En conclusión, podríamos decir que, para el escocés, no todas las personas –entre ellas, los empresarios- son iguales. Aquel que respeta la norma, compite bajo la ley y no busca privilegios se mueve en terreno lícito y sin querer, contribuirá a la mejora de la vida en comunidad. Por el contrario, la persona en busca de privilegios de carácter legal, que maneja asimetrías de información de naturaleza gubernamental y que se enriquece gracias a ello, será expresión de vicio, codicia y corrupción. Y sus acciones solamente favorecerán el empobrecimiento progresivo de todos los miembros de la comunidad.

---

7 Smith, Adam. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Traducción y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial. Parte I. Sección I. 1. «De la simpatía». P. 49.

Conclusión

Adam Smith no fue únicamente el autor que explicó con particular lucidez el funcionamiento de la sociedad comercial. Fue, ante todo, un pensador comprometido con la posibilidad de construir una comunidad más libre, próspera y decente a partir de una comprensión realista de la naturaleza humana. Su grandeza intelectual reside precisamente en haber evitado dos extremos igualmente problemáticos: la idealización ingenua del ser humano y la reducción de toda conducta a un egoísmo individualista y no comprometido con la comunidad de la que somos parte. Para Smith, las personas buscan legítimamente mejorar su condición, pero también poseen simpatía, capacidad de juicio moral y disposición a reconocer la suerte de los demás.

Desde esta perspectiva, *La teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones* no representan obras contradictorias, sino dos partes de una misma agenda de investigación. La primera explica los fundamentos morales que hacen posible la convivencia; la segunda muestra cómo, bajo instituciones adecuadas, la libertad individual, el trabajo, la especialización y el intercambio pueden convertirse en fuentes de progreso para toda la comunidad. El tendero, el artesano, el comerciante o el trabajador común dejan de ocupar un lugar secundario en la vida social: su esfuerzo cotidiano, guiado por el deseo legítimo de prosperar, contribuye también al bienestar de personas a las que probablemente nunca conocerán.

Esta es, quizá, la aportación más revolucionaria de Smith. El bien común no depende exclusivamente del sacrificio heroico, de la caridad extraordinaria o de la dirección sabia de un gobernante. También puede surgir de la cooperación pacífica de personas libres que intercambian, producen y sirven a otros dentro de un marco de justicia. La sociedad comercial solo resulta moralmente defendible cuando existe igualdad ante la ley, competencia abierta, protección frente al fraude y la coacción, y un gobierno incapaz de convertirse en instrumento de monopolistas o grupos favorecidos.

Por eso, la obra de Adam Smith sigue y seguirá estando de moda. En tiempos de concentración de poder, privilegios regulatorios, desconfianza hacia los mercados y tentaciones de planificación política, su pensamiento recuerda que la prosperidad auténtica nace de instituciones justas y de la libertad responsable de las personas. Smith fue, en definitiva, la expresión sensata de una Ilustración que comprendió que el desarrollo de la comunidad no exige anular al individuo, sino permitirle actuar, cooperar y prosperar sin privilegios y bajo la justicia.

Bibliografía

Rasmussen, Dennis C. (2017). *The Infidel and the Professor: David Hume, Adam Smith, and the Friendship That Shaped Modern Thought*. Princeton: Princeton University Press.

Smith, Adam. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Traducción y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial.

Smith, Adam. (1996). *La riqueza de las naciones*. Traducción de Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial.

Smith, Adam. (1978). *Lectures on Jurisprudence*. Edición de R. L. Meek, D. D. Raphael y P. G. Stein. Vol. V de *The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith*. Oxford: Clarendon Press.

DISENSO
FUNDACIÓN

fundaciondisenso.org